

• 75 AÑOS DEL EXILIO REPUBLICANO • FRANCISCO AZORÍN IZQUIERDO (7)

El día que Franco murió en el exilio

El arquitecto de Monforte, refugiado en el país azteca, siempre anheló retornar a su tierra

Francisco J. Millán
Teruel

Veracruz tiene un clima sofocante. Las elevadas temperaturas, unido a la humedad de la costa, hacen un cóctel explosivo para quienes están acostumbrados a ambientes más secos y fríos. Es algo que tuvieron que notar mucho los españoles al llegar al continente americano, sobre todo si procedían del interior de la Península. Fue por Veracruz por donde Hernán Cortés inició la conquista, convirtiéndose así en la ruta de entrada de los españoles a tierras americanas. Tres arquitectos turolenses de renombre llegaron por ese lugar a México en circunstancias muy diferentes. Solo uno pudo regresar a su tierra, el alcorisano Pedro García Ferrer, que lo hizo a principios del siglo XVII. Los otros dos eran del Jiloca: Marcos Ibáñez y Francisco Azorín Izquierdo. El último arribó a ese puerto hace 75 años junto con otros exiliados republicanos españoles. Fue un viaje de ida sin retorno, aunque con la esperanza siempre viva de poder regresar algún día. No pudo hacerlo y eso que sobrevivió al dictador Francisco Franco.

Mesoamérica ha acogido a buenos arquitectos turolenses que han dejado su huella en México y Centroamérica. El primero de ellos fue Pedro García Ferrer, nacido en Alcorisa en 1583. Viajó a la Nueva España acompañando al prelado Juan de Palafox y Mendoza, obispo de Puebla entre 1639 y 1649. Destacó por su participación en la construcción de la Catedral de Puebla y a su regreso a España en la de Santa María de Toledo.

Le siguió siglo y medio después Marcos Ibáñez, natural de Odón. Arquitecto al servicio del rey, fue enviado por Carlos III a Guatemala en 1777, donde trazó el plano de la nueva capital, después que la antigua fuera destruida por un terremoto, además de iniciar la construcción de la catedral. Cuando quiso regresar a España, a pocos kilómetros de llegar al puerto de Veracruz en México, cayó enfermo y murió en la localidad de Xalapa.

El tercer arquitecto turolense que ha hecho historia y que viajó a América lo hizo en el siglo pasado. Fue Francisco Azorín Izquierdo, destacado político e intelectual que formó parte del exilio español que hace 75 años se dispersó por varios países del mundo, entre ellos México, donde el presidente Lázaro Cárdenas abrió las puertas de par en par a los españoles.

Al igual que su paisano del Jiloca Marcos Ibáñez, puesto que Azorín nació en Monforte, no pudo regresar a vivir a España, aunque acarició esa posibilidad en los primeros tiempos de su destierro, cuando él, como otros muchos refugiados, tenían la esperanza de que las cosas cambiarían



Francisco Azorín en el centro junto a Lázaro Cárdenas (tercero por la izda.), el presidente de México que abrió las puertas a los exiliados españoles. Archivo familia Azorín



Documento de asilado político de Francisco Azorín. Archivo familia Azorín



Carta de naturalización mexicana de Azorín. Archivo familia Azorín

an con la derrota de los nazis y del fascismo italiano en la Segunda Guerra Mundial.

Azorín había desempeñado cargos de responsabilidad política para el Gobierno de la República durante los años de la guerra civil. Nada más estallar la contienda ejerció como Jefe de Obras de la Subsecretaría de Armamento en Barcelona y en 1938 fue nombrado cónsul general de España en la ciudad francesa de Tarbes, para desempeñar el mismo cargo a finales de ese año en Toulouse. Su misión en este último destino fue gestionar ante las autoridades francesas el creciente éxodo de españoles hacia tierras galas que huían del avance fascista.

Durante toda la guerra, Azorín había representado además al Gobierno de España ante la Conferencia Internacional del Trabajo, y como delegado del PSOE y la UGT en la Federación Socialista Internacional.

El turolense estaba marcado por su actividad política al lado

de la República y sus largos años de lucha por la justicia social como concejal y parlamentario socialista por Córdoba, donde se había instalado con su familia. Cualquier intento de regresar a España al término de la guerra hubiera sido un suicidio. Además, tenía una familia a su cargo por la que tenía que velar.

Funciones diplomáticas

Unos meses antes de ser nombrado cónsul en Toulouse, Azorín viajó a Valencia para reunirse con su mujer y sus dos hijos menores, Manuel y Ángel, con los

••• A principios de junio de 1939, el turolense recibió en Toulouse un aviso de evacuación con destino a México ...

que regresó a Francia para desempeñar las funciones diplomáticas que le habían sido asignadas.

El profesor de Arquitectura e investigador de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) Juan Ignacio del Cueto Ruiz Funes cuenta que el hijo mayor, de nombre Francisco como su padre, no pudo reunirse con ellos porque era teniente de artillería del Ejército republicano. Al finalizar la guerra fue hecho prisionero y encarcelado.

Azorín y su familia aguantaron hasta el último momento en Toulouse ayudando a otras personas a encontrar un país de acogida. De hecho, fue el último de los arquitectos españoles que viajaron a México como refugiados.

A principios de junio de 1939, el turolense recibe en su domicilio de la calle Delayrac de Toulouse un aviso de evacuación para cuatro personas por parte del Servicio de Evacuación de Refugiados Españoles (SERE).

El tiempo apremia. Hay ruido de sables en Europa y la opción de volver a España no es posible. Los cuatro embarcan en el vapor Ipanema y arriban al puerto mexicano de Veracruz el 7 de julio. Azorín conservó toda la documentación de aquel viaje como si de un tesoro se tratara, incluso un periódico del día 8 que muestra cómo no todos los mexicanos recibieron con los brazos abiertos a los refugiados.

Entre los documentos que hoy día atesoran los descendientes de Azorín está la comunicación del SERE con el aviso de evacuación, las instrucciones a los pasajeros del Ipanema para organizar su desembarco y tramitar sus papeles de llegada, y algo valiosísimo, el documento de admisión como asilado político de Azorín.

Está expedido por el Servicio de Migración el mismo día 7 de julio y en las dos fotografías que lleva, de frente y de perfil, se aprecia un Azorín muy desmejorado. Es indudable que ese as-

• 75 AÑOS DEL EXILIO REPUBLICANO • FRANCISCO AZORÍN IZQUIERDO (7)



Francisco Azorín (primero por la derecha) en una trajinera con otras personas en Xochimilco. Su mujer, Carmen Poch, es la segunda por la izquierda. Archivo Azorín

pecto no responde solo al cansancio por la larga travesía sino a la dureza de los últimos meses.

Nada tiene que ver ese Azorín desmejorado, cansado y derrotado, con las instantáneas que se conservan de él poco tiempo después de haber llegado a México, como la fotografía que puede verse en esta página en la que disfruta de un paseo en trajinera (barca) por los canales de Xochimilco.

Entre ambas imágenes media la tragedia del transterrado, de quien es desplazado de su país, de su cultura y de sus hábitos de vida para recalar en otros país extraño desde el que empezar desde cero. Y Azorín, cuando llega a México, tiene 53 años, demasiado mayor ya para volver a comenzar.

La fortaleza y experiencia de este hombre no impidió que así lo hiciera, aunque no fue nada fácil. De entrada, su permiso de residencia le obliga a radicar fuera de México D.F., la capital de la república americana cuyo presidente era entonces el general Lázaro Cárdenas, con quien Azorín acabará relacionándose con el tiempo.

Apenas un mes después de su llegada, Azorín recibe una recomendación para el gobernador del Estado de Puebla, Maximino Ávila Camacho, y comienza a trabajar como funcionario de su Secretaría de Obras Públicas.

Actividad frenética

La actividad de Azorín vuelve a ser frenética. Su familia permanece en el Distrito Federal, a apenas un par de horas de viaje de Puebla, donde el arquitecto llevaría a cabo en esos primeros años de exilio una actividad literaria paralela a la de su oficio de arquitecto.

A través de la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles (JARE) retoma el proyecto de la Cooperativa Pablo Iglesias para la construcción de casas baratas, pero esta vez en México, donde a su vez representaría en 1939 al Estado de Puebla en la Reunión de Casas Económicas.

Juan Ignacio del Cueto explica que tuvo a su cargo en dicho Estado la Dirección de Construc-



Azorín (junto a la columna de la derecha) con un grupo de trabajadores en una obra en 1945 en México. Archivo Azorín

ción de Escuelas, responsabilidad que dejó en 1942. Esto demuestra que el veterano Azorín no ha renunciado a los ideales que le caracterizaron en la España republicana y sigue fiel a su creencia de que vivienda y educación son claves para el desarrollo de las personas.

Tras esa primera etapa siguió vinculado a Puebla como profesor de Ingeniería Hidráulica en la Universidad, a la vez que en la ciudad de México trabajó durante años en el Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS). Colaboró asimismo con la compañía

Techo Eterno Eureka y realizó varios proyectos para la construcción de casas, principalmente de exiliados.

Tampoco dejó de lado su actividad política, pues siguió militando en la delegación mexicana del PSOE, a la vez que continuó como destacado esperantista, escritor y activista republicano y socialista, siendo presidente durante un tiempo del Círculo Cultural Pablo Iglesias.

Dada su situación de refugiado, tuvo que adquirir pronto la

nacionalidad mexicana. Lo hizo en agosto de 1940, poco más de un año después de haber llegado a tierras aztecas. Aun así, siguió añorando el retorno como dejó constancia de ello en un escrito a máquina que se conserva en el archivo familiar.

De vuelta en España

En este documento inédito de Azorín, del que se desconoce cuál podía ser su destino, el turoense escribe: "Supongámonos ya en España. Y supongámonos colaboradores en un Gobierno



provisional; provisional como todos los Gobierno. ¿Va a limitarte éste a restablecer el equilibrio de anteguerra, que ya se manifestó inestable; a sostener un orden, que no suele mostrarse ordenado en nada; a cobrar los impuestos a los que organizan fuentes de producción y desentenderse de la holganza voluntaria o forzosa?."

Ante esta posibilidad, el turoense afirma: "No puede ser; no debe ser. El Gobierno provisional se encontrará allí evidentemente con un caos, que, por lo pronto, agravará nuestra intrusión". A continuación argumenta: "Para establecer un orden, que merezca tal nombre, el Gobierno deberá considerar un Gobierno de guerra. De la guerra no contra los españoles que no le sean adictos (sic), ni contra Gobiernos extranjeros, de tales guerras la Humanidad deberá ya sentirse harta, sino en guerra contra el hambre, contra la miseria, contra la incultura, contra la desocupación".

El arquitecto monfortino, como otros tantos exiliados republicanos, nunca perdería el ideal que lo convirtió en un transterrado, el de construir un mundo libre. No pudo regresar a aquellas frías tierras del páramo turoense en las que nació, pero sí aguantó hasta ver muerto al dictador Franco el 20 de noviembre de 1975. Azorín se fue de este mundo un mes después, a los 90 años, el día 26 de diciembre. Con él murió otro Franco, y ese sí que fue un gran hombre, pues como masón es así como se hacía llamar el turoense en la logia Turdetania de la que formó parte en Córdoba.

• UN RECIBIMIENTO DESIGUAL •

Unos comienzos que no fueron nada fáciles para los refugiados

Siempre se ha dicho que los españoles refugiados en México al término de la guerra civil fueron muy bien recibidos a su llegada al país después de que el presidente Lázaro Cárdenas les abriera las puertas. No es tan conocida la otra cara de la moneda, la de aquellos que rechazaron el arribo multitudinario de izquierdistas. Al día siguiente de su llegada al puerto de Veracruz, el 7 de julio de 1939, el turoense Francisco Azorín pu-

do comprobarlo en el diario veracruzano *El Dictamen*, que titulaba a toda página el arribo de 994 exiliados en el vapor Ipanema. En primera página, el periódico dejaba constancia también de las muestras de rechazo entre los mexicanos informando de las manifestaciones multitudinarias de protesta que hubo. Azorín guardó el recorte. La esperanza de refugiarse en México comenzaba con sabor amargo.



Recorte de prensa de la llegada del Ipanema que guardó Azorín. Archivo Azorín